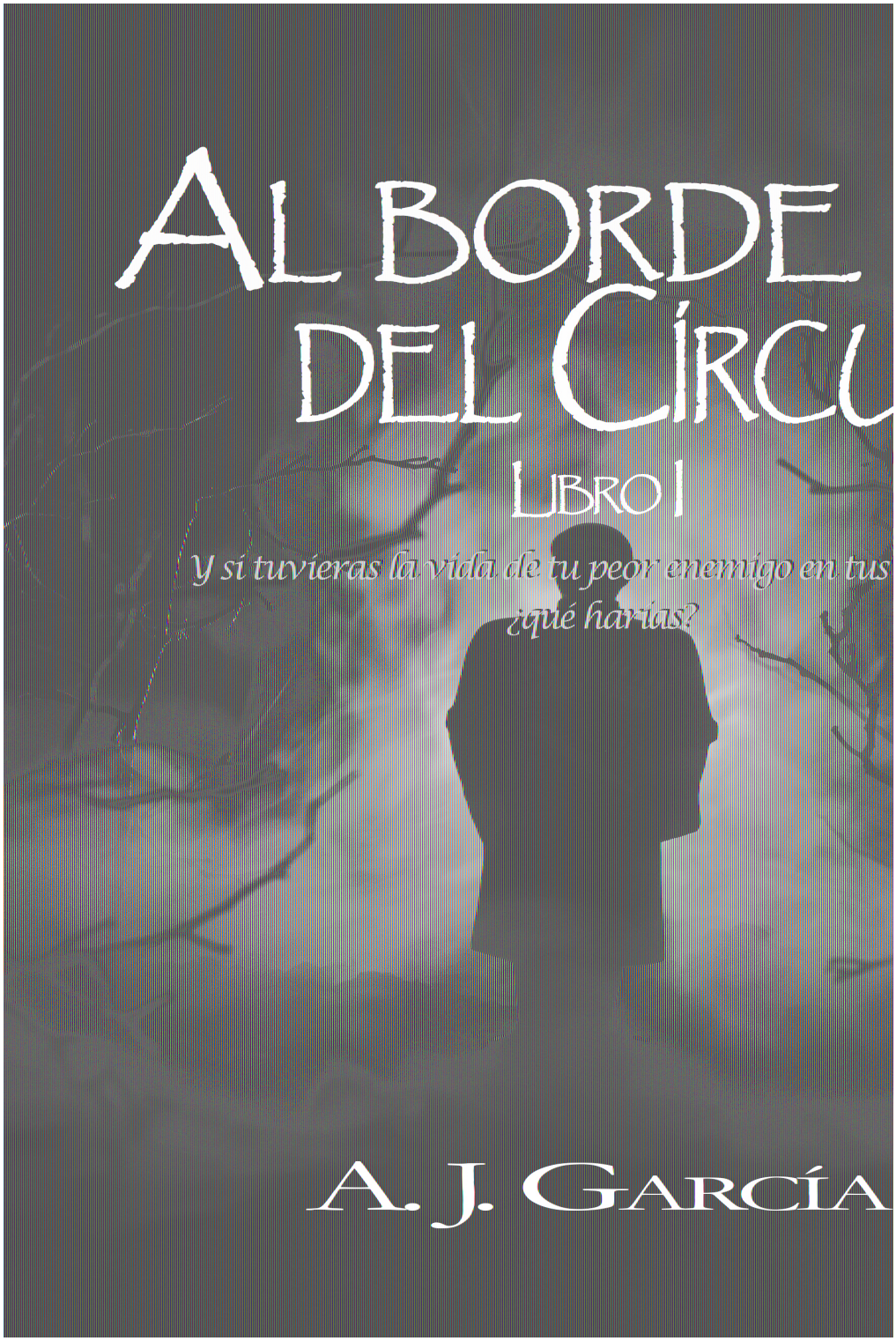
Al borde del Círculo-Libro I

A.J. García



Capítulo 1

AL BORDE DEL CÍRCULO
Libro I

A. J. García

COPYRIGHT
Esta obra ha sido publicada por su autor para su distribución y puesta a disposición del público, y es este el que asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual conforme al Código Penal vigente.
ISBN: 9781702834230
Independently published
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS / All Rights Reserved
© A.J. García, 2019
Correctoras: Mtra. Martha Elena Martínez García,
Lic. Dora Iveth González de León.
www.facebook.com/ajgarciaescritor/
www.amazon.com/author/ajgarcia
www.youtube.com/c/ajgarciaescritor
Facebook: A.J. García
Twitter: @AJGarciaOficial
Instagram: ajgarciaescritor
Youtube: A.J. García
Primera Edición: Septiembre, 2015
Segunda Edición: Mayo, 2019
V20191021
Imagen de portada: «Ilkin Quliyev © 123RF.com»

A mi padre, que está en el cielo, J.G.G.H., verano de 1996.

Palabras del autor:
Amables lectores, debo confesar que, en un principio, este libro no estaba dirigido exclusivamente a un público creyente. La temática es comercialmente atractiva para cualquier audiencia; pero el corazón de esta nos describe, desde los más íntimos detalles, la manera de actuar del… enemigo. La trama se desarrolla en medio de una historia de suspenso que toca problemáticas muy delicadas y actuales; fue adaptada para tratar de conservar los valores cristianos, sobre todo en la expresión de sus personajes; aunque, todos sabemos, cómo se expresa el mundo

realmente. De cualquier forma, eso no demerita la esencia misma de la obra.
Soy cristiano y creo firmemente en las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo; sin embargo, no soy un escritor que exclusivamente habla sobre temas de esta índole. Escribí esta novela pensando en colocarla en librerías cristianas, como primer paso. También considero, que su contenido se tiene que manejar con mucho cuidado y en el entendido de que la ficción, también puede darnos algo que edifique. Después de años de investigación y múltiples entrevistas con gente relacionada con asuntos que podríamos catalogar como… malvados, por fin redondeé este título que ahora traigo a ustedes. Espero que, Al Borde del Círculo, Libro I, sea de su completo agrado.

El escenario:
Monterrey, Nuevo León, México, una de las capitales industriales del país, ciudad ubicada a poco más de doscientos kilómetros de la frontera con Estados Unidos de América. Su situación geográfica la convierte en el punto estratégico perfecto para establecer cualquier tipo de negocio.
Esta metrópoli ha sido azotada, sobre todo en los últimos años, por las problemáticas propias de toda gran urbe: corrupción, impunidad, malas administraciones, abuso de autoridad, etc.; si a esto se le agrega un último y creciente factor: la delincuencia organizada, tenemos una mezcla corrosiva que sigue creciendo día a día bajo el cobijo de los que no quieren ver.
Las malas noticias, los actos de violencia, las víctimas inocentes; todo se ha vuelto una arraigada costumbre en la vida de los ciudadanos, a quienes sólo les resta observar con impotencia.
Más allá de lo que parece evidente, de los secretos a voces, y en medio de una sociedad que no muestra interés, existe una organización que manipula con desdén el corazón del hombre para conseguir sus propósitos. Han sido muy astutos al permanecer en las sombras por tanto tiempo, entremezclándose como cualquier ciudadano común e influyendo en la colectividad según les parece. Nadie los vigila, nadie sabe de ellos, pero han estado presentes en cada incidente trascendente que se ha desarrollado en la ciudad.
Los que piensan como ellos, buscan su apoyo para pedirles que… limpien su casa; así es como funciona: siendo el corazón del hombre duro y sus deseos egoístas, alcanzar lo que se anhela sin importar los medios es sólo el primer paso para tropezar, y muchos lo han hecho ya.
Este grupo es especialista en provocar confusión y es rápido eliminando… obstáculos. En estos tiempos, y con la facilidad con que fluye la desinformación, es muy sencillo hacerlo. Sin embargo, esta vez no han tenido tanta suerte, alguien los ha descubierto y está dispuesto a desenmascararlos; aunque primero, quizás, deba convertirse en alguien que comparta sus bajos principios.

La batalla puede ser ganada en las calles; pero sólo se ganará la

guerra, hasta que se conquiste el corazón del hombre.

I

—¡Tienes que lograrlo! —dijo para sí apretando la mandíbula. Su amigo ya no estaba cerca, quizás la treta sí funcionaría.

Su corazón estaba a tope, pero eso era de esperarse en medio de aquel desastre. De cualquier forma, eso no le preocupaba, sabía que llegado el momento le respondería como siempre lo había hecho. Ni siquiera había considerado acabar sus días en aquel lugar; aunque tampoco, recordaba haber experimentado un terror semejante en ninguno de sus casos. Esta ocasión era tan diferente a otras, e ignoraba por qué, era como si el ingrediente extra que acababa de atestiguar hiciera mortal esta receta.

Agazapado, detrás de un arbusto, sólo tenía que evitar ser encontrado, al menos por unos minutos. Su compañero ya había tomado otra opción, una que lo conduciría a su escape, o al menos eso esperaba.

—¡La vas a hacer! —seguía apoyándolo a la distancia como si pudiera ser escuchado.

Todo fue parte de un plan, uno que fraguaron improvisando en el último instante: pensaron que separándose tendrían una mejor oportunidad, al menos uno de ellos.

Las voces de sus rastreadores indicaban que estaban muy cerca, como pudo, trató de hacerse pequeño. En momentos como este maldecía el hecho de no ser una persona de estatura promedio. Las pequeñas ramas secas, propias del otoño, se rompían bajo los pies presurosos de los que lo acosaban; no quería siquiera imaginar lo que le podía ocurrir si era descubierto, y no tenía a la mano ni una piedra para defenderse. ¿Quiénes eran estos sujetos?, y, ¿qué clase de fiesta tenían esa noche?

Las condiciones ambientales habían complicado la escena y el desempeño del equipo de investigación. Conseguir que el video que acababan de grabar tuviera una mediana calidad, iba a ser complicado; pero para eso estaba su compañero, para resolver todos los problemas técnicos. Gracias a Dios que él se había llevado la cámara.

El reportero trataba de no preocuparse por lo que ocurría a su alrededor; pero estaba listo para correr si era sorprendido. Recapituló un poco en lo que acababa de observar. No recordaba si antes, alguna fuente fidedigna había logrado captar algo similar, era como haber estado en el set de una película de terror: un grupo de encapuchados cantaban en medio de los matorrales alumbrados sólo con algunas antorchas. El propósito, un misterio. Sin embargo, de nada serviría tener toda la evidencia si no lograba salir de ahí con vida.

«Haz que valga la pena, Gordo», pensó preocupado.

Irónicamente, la penumbra era su cobijo y el silencio su mejor arma; pero sabía que iba a ser muy difícil salir de esta. Los que lo asediaban pensaban en algo más que en solo darle las buenas noches, eso era seguro. Posiblemente estaba viviendo su última aventura, una que escribiría su epitafio. Lo único que lo reconfortaba era creer que su compañero le haría justicia.

Viéndose acorralado y creyendo que ningún esfuerzo rendiría frutos, suplicó en voz baja apretando los dientes:
—¡Ayúdame, Dios mío!
Luego dibujó una oración en su mente, algo que no le era muy característico, sólo repitió lo que alguna vez escuchó de niño, cuando sus padres aún cuidaban de él.
La vegetación a su alrededor continuaba moviéndose y los pasos alargados de sus perseguidores se hacían más cortos, parecía una muchedumbre a paso firme, como si ya lo hubieran localizado.
—¡Está por aquí! —se escuchó un grito muy cerca de él.
Sus ojos se cerraron poco a poco, como el que se da por vencido, todo a su alrededor comenzó a transcurrir lentamente. El peor escenario lo torturó, no tenía escapatoria. Ya había corrido bastante y su espíritu de lucha no podía continuar. Oprimió sus rodillas contra el pecho y enlazó los brazos a la altura de los tobillos, su rostro quedó casi entre sus piernas, como si el evitar verlos pudiera hacerlo invisible. Era lo último que le quedaba, una tonta leyenda de juventud, como el que se oculta de los fantasmas debajo de una sábana.
Los retumbos de sus depredadores eran la prueba de que ya estaban ahí; sin embargo, pasaron a su izquierda y luego a su derecha sin detenerse, y así como aparecieron, se fueron.
Le tomó unos segundos reaccionar, ¿qué había sucedido?, ¿por qué no lo habían visto? El solo pensar que su absurda estrategia hubiera funcionado era ilógico, ¿Lázaro había vuelto a las andadas?
No era momento de averiguarlo, corrió en dirección contraria y como pudo se orientó hacia la camioneta. Fue aquella luz, la que observaron cuando llegaron, la que lo ayudó; quizás era una casa en la colina, quizás una fogata, no lo sabía; pero seguía ahí, era su única

manera de ubicarse en una noche de luna nueva. Esperaba que su compañero también lo recordara, lo habían platicado desde un inicio.
—¡No me vayas a fallar Gordo! —aunque sonaba despectivo, era como lo llamaba para alentarlo, aunque casi siempre lo llamaba así.
Después de correr cientos de metros encontró el sendero al pequeño claro y a su… boleto de salida. Se animó a sí mismo al ver que el vehículo aún seguía ahí, aunque le preocupaba que sólo él hubiera llegado.
Estaba solo hasta donde podía percibir; tenía que continuar, ya habían pactado que el primero en llegar debía ponerse a salvo; aunque nunca creyó que él lo lograría. Se detuvo un momento justo antes de que terminaran los árboles, su mente carburaba al cien por ciento. ¿Se trataba de una trampa?, el silencio era sepulcral, no se escuchaban los animales ni los insectos. ¿Era normal?, ¿y si aguardaban por él?
—Bien, Encarnación —se dijo a sí mismo en voz baja al inclinarse un poco y aguzar la mirada—, sólo hay una forma de averiguarlo, ¡o te mueves o te mueres aquí!
El reportero estaba acostumbrado a estos episodios, pero nunca había sentido tanto temor. Quizás era la segunda vez que consideraba que una

situación se le salía de control, y no le agradaba. Se movió rápidamente hasta rodear la camioneta por atrás y subió al volante. La puerta estaba abierta, tal y como la habían dejado. Se acomodó lo más rápido que pudo y vio las llaves puestas en el encendido. ¿Debía irse de una vez o esperar un poco?, ¿qué haría su compañero Francisco en esta situación?, ¿obedecería el acuerdo y se pondría a salvo?, o, ¿esperaría con el lógico riesgo de que ninguno de los dos lo lograra? ¡Qué importaba, él no era Francisco!

Ya había decidido esperarlo, así que iba a maximizar las posibilidades. ¿Qué podía adelantar ahora?, encender el vehículo era buena opción, si él llegaba saldrían rápido, aunque el sonido podía atraer a sus enemigos; y si no lo hacía quizás no lo lograrían nunca. ¡Maldita sea la hora en que se les ocurrió separarse! –cambió de opinión sobre su plan–.

En eso estaba cuando el sigilo de la noche fue perturbado nuevamente por otra persecución, aún con la ventanilla cerrada se podía escuchar. «¡Seguramente lo encontraron!», pensó.

Su miedo lo hacía creer que eran muchos los que se acercaban, así que encendió el motor; parecían aproximarse por el lado contrario a donde se encontraba ahora, justo por donde él había llegado. Su mirada se concentró en el retrovisor del copiloto, fue sólo un segundo de distracción…

—¡Ábreme! —su compañero lo sorprendió por su propia ventanilla.

—¡Súbete! —Le señaló la otra puerta.

Francisco se congeló un segundo y miró hacia la derecha, sabía que le pisaban los talones; además, el ruido los guiaba. Obedeció corriendo tan fuerte como pudo.

—¡Arranca! —ordenó aún con medio cuerpo fuera de la cabina.

El reportero hizo girar las ruedas rápidamente, el cristal se rompió casi de inmediato, primero atrás y luego adelante, fue un disparo de arma de fuego. Había voces y gritos que empezaban a inundar su espacio y no les estaban deseando un buen viaje. Una serie de insultos, que prefirieron no interpretar, los acompañaron como despedida. Se agacharon todo lo que pudieron tratando de evitar un

proyectil, varios impactaron el metal; pero ninguno los alcanzó.

El efecto todo terreno levantó una nube de polvo que dificultó la visibilidad a sus perseguidores; aunque no había sido su intención, les ayudó mucho. La inexperiencia del conductor se manifestó en la brusquedad con que entraron los cambios. El Gordo, quien era el dueño del vehículo, lo miró con cierta molestia. El sendero sinuoso los fue guiando mientras sus ojos apenas se asomaban por encima del tablero, sentían que aún no escapaban del posible ángulo de tiro.

—¿Todavía nos siguen? —preguntó el reportero.

—No alcanzo a ver. —Francisco apenas alzaba la mirada por la parte trasera.

—¡Hay que salir rápido!

Eso era algo que no estaba a discusión, lo único importante era no errar el

camino de regreso. Después de varios minutos llenos de tensión, durante los que permanecieron en silencio, no hubo más agresiones; pero aún no se consideraban a salvo.
Si aquel par había encontrado ese camino, ¿qué impedía que sus rastreadores lo hicieran?, ¿estarían adelante esperándolos?, ¿podrían alcanzarlos en algún momento?, no conocían la zona y definitivamente era algo que debía preocuparlos. La mejor opción era acelerar a fondo y salir a la carretera, no estaban lejos ya. No hubo otro comentario ni tema hasta que el asfalto se asomó, justo adelante. Cuando por fin se unieron al tráfico nocturno, soltaron ese aire de nerviosismo que los estaba ahogando.
—Pensé que no ibas a llegar —se sinceró el periodista.
—Yo también lo pensé —admitió—; y también confiaba en que me esperarías.
Miró a su compañero en señal de agradecimiento y chocaron los

puños como los que guardan una gran amistad.
—Tú también me hubieras esperado —aseguró.
El camarógrafo alzó la ceja como dando a entender que tenía razón, luego se acomodó en el asiento para seguir observando la retaguardia.
—Tenemos todo, ¿verdad? —preguntó observándolo abrazar la cámara.
—¡Por supuesto! —contestó victorioso aún con la adrenalina a tope.
—¿Y cómo te sientes? —indagó sarcásticamente al notarlo agitado.
—Bien —su respiración no se había estabilizado—… salvo por algunos raspones…
El piloto hizo una mueca como queriendo reír, pero se guardó el comentario que siempre le hacía a su compañero sobre su mala condición física. En un negocio como el de ellos, correr, a veces era importante.
—Lázaro —dijo el Gordo preparando la duda que a ambos embargaba—, ¿qué crees que acabamos de ver?
—… Ni idea —sentenció después de mirarlo un momento—, y si no es porque comprobamos que el Comandante estaba ahí, hubiera creído que nos habíamos equivocado de lugar.
—Pienso lo mismo…, terminamos en una reunión de locos…
—Tal vez no tanto —interrumpió—, esa despedida que nos dieron no era de locos… creo que se trataba de algo serio.
—¿No te pareció muy… tenebroso?

—Te apoyo… y lo sentí hasta los huesos —confesó.
—Espero que el material no se haya dañado… azoté varias veces.
—Más vale que no, Gordo, no corrí tanto para nada —concluyó con un sarcasmo.
Sólo unas pocas horas atrás, Francisco había sido prácticamente raptado de una cena familiar, empezando así una persecución que los llevó hasta aquel sitio del que tuvieron que salir a toda prisa. La supuesta misión implicaba localizar al Comandante, uno de los narcotraficantes más buscados del país.
—… No reconocí a nadie más —continuó el camarógrafo—, aunque no fue

sencillo identificar a este —se refería al malhechor.
—Ni yo tampoco…, pero ya descubriremos quién más está involucrado…, aunque primero. —Volvió a mirarlo interrumpiendo su idea anterior—… ¿Entendiste algo de lo que cantaban? —Hubo elementos que el reportero no podía explicarse.
—No…, eran como cantos gregorianos —su conocimiento tampoco daba para eso—. Espero poder arreglarlo en el estudio…
En ese momento pasaron el señalamiento que indicaba el límite de la ciudad, ambos se sintieron aliviados al ingresar a la mancha urbana. La luz mercurial y los semáforos los acompañaron el resto del camino. Había pocos vehículos en la calle y sólo un par de chiflados arriesgándose en medio de una ciudad peligrosa. Atravesaron prácticamente de lado a lado la urbe hasta acercarse a sus hogares.
—¿Te importa si llego primero a mi casa? —preguntó Francisco.
—¿Quieres que me lleve tu camioneta? —le pareció extraño, pero había un porqué.
—Tú tienes cochera —era una ventaja—; además, mi mujer me
21
va a matar cuando vea lo que le pasó, prefiero que no se entere.
Lázaro asintió con la cabeza, y como una responsabilidad adquirida, prometió arreglarla, se lo debía a su amigo; aunque no sería pronto.
La madrugada los sorprendió al hacer su primera escala, apenas aparcaban cuando la luz de la entrada principal se encendió.
—Creo que te esperan Gordo —advirtió Lázaro con ironía.
—Ya sé —se lamentó porque sabía lo que le esperaba, y luego dijo—: ¿Te quedas con ella? —Le entregó la cámara—. Lo que no quiero ahora es un interrogatorio doméstico, y menos, enseñarle esto.
—Claro —sintió a su compañero un poco avergonzado, aunque no había razón—, lo revisamos con calma mañana temprano —agregó.
La puerta de la casa dejó ver una figura femenina, era Sofía, su esposa.
—Me esperan —se despidió el jefe de familia.
—Nos vemos en la… oficina —concluyó en voz baja casi susurrando.
A pesar de que estos episodios sucedían con cierta frecuencia, la familia no se había acostumbrado. Las salidas repentinas del cabecilla del hogar siempre producían el mismo efecto: incertidumbre, ansiedad, y a veces hasta odio por su profesión, aunque el hombre disfrutaba lo que hacía –no podía ser de otra manera–.
El reportero lo vio entrar, levantó su mano después en señal de saludo dirigiéndose a la señora. Alcanzó a escuchar la siguiente pregunta obvia sobre el Gordo:
22
—¡¿Cómo se quebró el vidrio?!
El reclamo arrancó una sonrisa al que se iba, ya que presentía la noche que le esperaba a su compañero. Por unos segundos olvidó la parte amarga del incidente e inició la graciosa huida.
Francisco tenía una gran familia, y podía decir que sentía un poco de envidia por eso. Lázaro todavía no había encontrado a alguien que lo comprendiera y mucho menos que lo soportara; aunque tampoco se había

esmerado en hacerlo. Dividirse entre su peligroso trabajo y una relación estable no era una cosa sencilla.
Las oportunidades que había tenido para convivir con ellos en alguna reunión –no muchas– le daban la certeza de que era algo a lo que podía acostumbrarse; aunque a veces había escuchado cómo la familia empujaba para que el padre dejara este tipo de aventuras.
El retorno fue solitario –pero eso era lo habitual–, lo que abrió la posibilidad para una retrospectiva personal: a veces la soledad lo inquietaba; aunque, cuando empezaba a dudar de las decisiones que lo habían llevado hasta ahí, recordaba sus logros profesionales; aquellos que le habían costado sudor y sangre; era entonces que se convencía de que sus elecciones habían sido las adecuadas.
Su casa estaba en una zona de un nivel socioeconómico muy distinto al de Francisco, ser soltero le había proporcionado también esa… ventaja. Su familia más cercana había desaparecido desde que era muy joven y siempre había tenido que luchar solo por alcanzar lo que quería. Eso le había enseñado la vida. El deseo de ser un triunfador había sido abrazado por el reportero desde la primera golpiza que recibió de pequeño, desde que alguien le dijo: Tú no lo lograrás; desde entonces, había conseguido todo lo que se había propuesto.
Una amplia avenida era la antesala a la caseta de vigilancia que

daba acceso a su vecindario; los guardias lo reconocieron de inmediato, aunque no a su maltrecho vehículo. Poco después, llegó a su hogar, cuyo patio frontal antecedía la cochera y la fachada, accionó el portón eléctrico y esperó paciente a que subiera por completo. Su molesto vecino lo acompañó desde su ventana mientras aquellos engranes hacían ruido. Epigmenio no lo perdió de vista desde su observatorio. ¿Qué hacía el viejo levantado a esas horas? ¿Qué acaso no tenía nada qué hacer? Lo miró de reojo sin enterarlo que sabía de su presencia.
La camioneta tomó un lugar al lado de su automóvil de uso diario –el Honda que tanto le gustaba–. El garaje era bastante amplio para los dos, así que ocultarla no sería problema. Lázaro descendió tomando la cámara en tanto hacía el recuento de los daños. Después de examinar un par de impactos en la parte trasera, así como el cristal roto, agradeció por seguir entero. Aparentemente eso era todo. Continuó hasta entrar en casa por la puerta interior. Tener la evidencia cerca de él lo hacía sentirse seguro, siempre era acosado por el oscuro temor de perder el producto de su trabajo.
La residencia estaba muda y el ambiente era apacible, como lo es un lugar solitario. Lázaro sentía que tenía algo grande entre manos; aunque sólo era un presentimiento, ya que, a ciencia cierta, no sabía ni qué había atestiguado.
Se sentó en el sillón de la sala junto con un café.
«¡Por fin a salvo!», pensó. Ahí, permaneciendo en silencio, desmenuzó los acontecimientos mientras daba grandes sorbos a su bebida. «¿Por qué la gente dice que quita el sueño?», a él nunca le había hecho efecto. ¡Pamplinas!

Aquel ermitaño no era de las personas que disfrutara de grandes círculos sociales o reuniones. De hecho, veía sus relaciones

personales, más como un asunto práctico, que como un círculo de amistades. Eran pocos a los que podía llamar: amigos. Como consecuencia de esto, tampoco recibía muchas visitas en casa: la Sra. Gloria, quien hacía el aseo cada tercer día; el Gordo, quien a veces se reunía a ver algún evento deportivo; y tal vez, alguna aventura ocasional, y eso era todo.
Para ser francos, lo único que realmente le apasionaba era el periodismo de investigación. Eso era lo que le había dado significado a su existencia a lo largo de muchos años, y no sólo lo había marcado en lo profesional, sino también en lo personal:
A Encarnación 'Lázaro' García, por su destacada labor periodística, demostrando que ni la muerte pudo detenerlo…, leyó en una de las placas de su orgullosa vitrina. El reconocimiento ocupaba el lugar más importante entre muchos otros premios.
Recordar este episodio en particular le producía sentimientos encontrados, ya que esa investigación, aunque fue de las más redituables, también constituyó su más amarga experiencia…, y una que casi le cuesta la vida. Su último jefe formal mandó hacer la retribución en su momento, iniciando así su leyenda: durante una de sus investigaciones sufrió heridas muy graves. La medicina convencional no le daba ninguna esperanza; sin embargo, se recuperó milagrosamente; y para quien no creyera en ese trozo de metal, ahí estaban las cicatrices en su pecho para demostrarlo. El acontecimiento también lo rebautizó, situación que le cayó como anillo al dedo, ya que detestaba su nombre de pila. Lázaro era mucho más… místico, y hacía honor a aquel que había resucitado después de tres días –al igual que él–, al menos eso era lo que había leído. A la par de esto, los extraños factores que se suscitaron en dicho evento lo llevaron a tomar una decisión muy importante: dejar de dar servicio a un solo patrón. ¿Qué tenía que ver una cosa con la otra?, para muchos tal

vez nada, para él, una traición que nunca pudo comprobar.
Los recientes años habían sido los mejores para su persona, mejores, en cuanto a lo económico y a su autonomía. Había vendido su trabajo al mejor postor y trabajaba donde quería y cuando quería; esa libertad no tenía precio, y era uno de los pocos periodistas de su calibre que lo podían hacer en el país con cierto éxito.
El comunicador se sentía nostálgico esa noche y no sabía ni por qué, era una de esas extrañas ocasiones; pero ni hablar, tenía que enfocarse a lo que seguía; así que recapituló un poco sobre la fiesta nocturna en la que se habían colado. Los elementos que presenciaron no podían calificarse como propios de la delincuencia organizada, ni como ningún otro tipo tampoco; sin embargo, sucedieron; pero ni en sus más extraños sueños hubiera imaginado haber sido partícipe de algo tan… siniestro.
Encarnación García era bien conocido y respetado en el medio, su periodismo era directo y sin tapujos; pero siempre bien sustentado. El

material que tenía debía ser tratado con mucho cuidado y profesionalismo, pues una mala crítica podía calificarlo como falso o amarillista, así como muchas notas que se encuentran rodando por internet o en medios de poca credibilidad. Mantener la confianza del público era importante para él, aún más, contando con presencia en las redes sociales; último recurso gratuito de libre pensamiento de la actualidad.
Le dio la vuelta a lo que tenía por varios minutos, incluso, pensó en adelantarse a revisar el video; pero se convenció de que era mejor hacerlo con el Gordo. Fuera de ese material, no tenía nada concreto. Lo más inteligente era dejar descansar sus neuronas, el día siguiente traería su propio afán. Terminó su café de un solo sorbo y después de un singular eructo, se dirigió sin detenerse hasta su cama. Se desnudó casi por completo y se dejó caer boca abajo apagando todos

sus sentidos.
Para la mayoría de la gente hubiera sido difícil conciliar el sueño después de haber pasado por una experiencia como la de aquella noche, pero Lázaro había aprendido a desarrollar una especie de coraza. Su capacidad para deshacerse de las distracciones era causa de envidia entre sus colegas; así como también su horario abierto y esa… suerte de que la oportunidad lo buscara a él, y no al revés.
El silencio en la recámara, particularmente en aquel instante, era abrumador. Había un ambiente fresco, propio de los días del otoño, lo que le permitía dormir sin necesidad de ambiente artificial. El mínimo sonido hubiera sido sencillo de escuchar. Era extraño, ni siquiera los perros del vecino ladraban; aunque no estaba seguro si lo hacían cuando recién se acostó. ¿Y por qué estaba en alerta si estaba dormido?
Su cuerpo estaba boca abajo en calzoncillos, su rostro descansaba de lado sobre el cobertor, sus brazos mantenían una escuadra hacia arriba; y aunque tenía los ojos cerrados, podía percibir todo lo que había en su entorno. Estaba solo, pero no se sentía así. ¿La Sra. Gloria había entrado a su recámara?, no era un día que le correspondiera trabajar, ¿y qué tenía que hacer a esa hora en su habitación?, ¿tal vez era alguien más? La sola idea lo hizo despertar.
Se sentó con las fuerzas que pudo reunir, todo su cuerpo estaba sobre la cama. Frente a él, no había nadie, sólo la oscuridad. No lograba que sus sentidos respondieran al cien por ciento; aguzó sus oídos, la noche no producía ningún eco; sin embargo, se sentía extraño, estaba alterado e inquieto; su corazón latía con gran velocidad, como cuando estuvo acorralado apenas unas horas antes. Se sintió… acompañado.
La habitación era amplia y rectangular, su colchón se apoyaba en

el centro del lado más largo; a la derecha había un ventanal que casi no dejaba entrar la luz debido a la gruesa cortina; frente a él, sabía que había una amplia pantalla, una de esas de tecnología de punta, ¿dónde estaba?, no era visible; así como tampoco los arreglos de la pared que la penumbra parecía haberse tragado.
El silencio cambió por murmullos casi imperceptibles; pero estaban ahí,

junto con él en la habitación, estaba seguro. Sintió congelarse, no podía mover ni un músculo. Sus brazos estaban apoyados hacia atrás sin capacidad de reacción. Fue abrazado por un extraño temor.
En medio de aquella negrura, como si pudiera ser posible, una serie de figuras oscuras emergieron de la superficie de la pared, su estatura era sólo deducible por la altura de sus ojos, dos puntos contrastantes en lo que suponía era su rostro. Fueron segundos eternos mientras lo rodeaban. Sus vestimentas eran como hábitos oscuros, ¿quiénes eran esos sujetos?, ¿cómo es que estaban ahí?, ¿de qué manera habían entrado? El reportero estaba tieso, como si le hubieran suministrado alguna droga, quería escapar, pero su cuerpo no le obedecía.
El más pequeño de sus… visitantes se colocó justo a los pies del lecho y empezó a levantar lentamente el brazo como si supiera que su víctima no podía defenderse. Los ojos de Lázaro parecían desorbitarse mientras la extremidad amenazante se fue alzando más y más, hasta que apenas tocó su frente con el índice. El contacto hizo recorrer un tremendo calor por todo su cuerpo, como si un poderoso veneno le hubiera sido administrado; su garganta se ahogó en un grito por el dolor, no podía contenerlo; sus brazos perdieron su rigidez cayendo hacia atrás; se retorció entrecruzando sus dedos sin control; sentía su interior arder como si se estuviera quemando, pensó que era el fin; por segunda vez en el mismo día experimentó

ese sentimiento; pero por alguna razón lanzó un último alarido, uno inspirado en alguna semilla de su pasado:
—¡Jesucristo! —fue un grito ahogado con todo lo que su alma, cuerpo y espíritu fueron capaces de pronunciar… y despertó.
Se sentó en su cama con los brazos hacia atrás, como en su sueño; estaba empapado en secreciones de todo tipo, pero ya no había más calor. Si había sido una pesadilla, ¿cómo era posible que transpirara así en una noche tan fresca? Inmediatamente relacionó el incidente con su reciente aventura, había sido tan real. Pronto se dio cuenta de que no podría descansar lo necesario si seguía pensando en eso, lo mejor era olvidarlo –y no era tan simple–. Se dejó caer sobre las sábanas húmedas quedando boca arriba, su corazón aún palpitaba aceleradamente; inclinó un poco su cabeza observando las paredes y todo lo que lo rodeaba como buscando algo fuera de su lugar; llevó sus manos al rostro dudando si calificar aquello como una experiencia meramente onírica. El reloj marcaba las tres y algunos minutos, lo que llamó su atención. Intentó tranquilizarse y restarle importancia al incidente. Había mucho trabajo por delante, así que, procuró dormir.
Todavía por la mañana, en el canal:
—¿Qué pasó Gordo? —preguntó el investigador con gran vitalidad.
—Llegas tarde —reclamó su compañero fríamente.
—¿Quedamos en alguna hora? —se justificó, aunque sabía que el mediodía no era la hora acordada.
—No —aceptó intuyendo la próxima coartada—; pero creí que querías ver esto temprano.

—Son casi las doce, Gordo. —Mostró su reloj—. Aún es
29
temprano. —Sonrió cínicamente.
El camarógrafo lo observó mal encarado durante unos segundos, y sabiendo que no lo sacaría de ahí, cambió la táctica:
—Parece que no dormiste bien —el mal semblante de Lázaro lo delataba—, ¿pesadillas?
—Algo así…, y tú, ¿cómo la pasaste?
—Fue una noche tranquila…, después de dejar de escuchar a Sofía, claro está…
El reportero lo observó un momento y palmeó la espalda de su amigo. La discusión se quedó ahí, luego, ambos se encaminaron por el corredor.
—¿Estás listo? —interrogó el impuntual.
—Tengo más de tres horas listo —recordó de nueva cuenta.
—Bien, bien… no te esponjes —prefirió guardar silencio.
Alguna vez en el reciente pasado, Lázaro había trabajado para esta televisora, eso fue, antes de su… eventualidad; después de esta, optó por hacerse independiente: Diferencias irreconciliables, alegó en su momento. Se alejó de todo aquello que le incomodaba; aunque seguía conservando una muy buena amistad con Ricardo, el jefe de información, quien le permitía ciertas concesiones a cambio de tener una ligera preferencia sobre la competencia. Una de estas concesiones incluía el uso de las instalaciones de la empresa como un lugar dónde aterrizar cuando estuviera en medio de algo importante.
La puerta de la oficina se cerró con cuidado, como si buscara guardar un gran secreto. Pasaron el cerrojo y acercaron un monitor grande para realizar la primera revisión.
—¡Ahí vamos! —exclamó Lázaro, aún influenciado por el coctel
30
de bebidas energéticas de la mañana.
Los primeros minutos del video transcurrieron con el trasero del vehículo del Comandante frente a ellos.
—Tuve mis serias dudas de que el tipo fuera en el interior —apuntó Lázaro.
—Y yo —compartió Francisco—, quién podía imaginar que andaba sin escolta.
—Eso me alertó desde el principio, como si alguien como él pudiera andar con tranquilidad por la calle —Lázaro anotó la matrícula, se veía claramente—… Esto me servirá.
—¿Lo adelantamos? —propuso sabiendo que la rutina de un vehículo por la carretera no tenía mayor importancia.
El reportero hizo una mueca de aprobación, así que avanzaron la cinta hasta incursionar en aquel camino de terracería, el mismo que los había sacado del problema la noche anterior.
—¿Crees que fue bueno darles tanta ventaja? —cuestionó el Gordo.
—No —dudó—; pero era la única manera de que no nos descubrieran… Francisco había grabado todo, cada segundo y hasta cada conversación sin importancia entre ellos; aunque aparentemente no ocurriera nada.

Editar en vivo no hubiera sido una buena idea. El modo de visión nocturna también les había ayudado mucho, tanto para caminar en la oscuridad, como para lograr las tomas adecuadas. Después de estacionar la camioneta en un pequeño claro, se apearon para proseguir su búsqueda.
—Casi lo perdimos —confesó el camarógrafo.
31
—Así es, Gordo. —Dibujó una media sonrisa, porque sabía lo que iba a suceder ahora—. Aquí es donde te caes, ¿no? —recordó en tono de mofa.
Fue un poco embarazoso ver desplomarse los más de cien kilos de su operador. La toma estaba sobre la espalda de Lázaro, y de súbito, en el suelo.
Fue el momento perfecto para una reprimenda, aunque sólo fue a medias. Lázaro estaba cansado de decirle lo mismo:
—Te he dicho que tienes que ponerte a dieta y hacer ejercicio… Si no lo haces me voy a conseguir a alguien más —amenazó con timidez.
La barba a medio rasurar de aquel regordete rostro era el marco perfecto de un gesto de incredulidad. Tantos años de trabajar juntos y el conocimiento del carácter de su amigo lo hacían sentirse seguro, a pesar del insignificante intento de chantaje.
Avanzaron silenciosamente hasta el pico de una pequeña loma, los árboles, propios de la región, casi los abrazaban. Varios metros adelante, se escuchaba un murmullo, eran voces que se levantaban repetitivamente como un coro. Tuvieron que arrastrarse un poco al percibirlas, situación que fue muy difícil para Francisco. Se ubicaron a una distancia prudente del origen –o eso creyeron– y montaron la cámara y la antena para el sonido lo mejor que pudieron.
A la distancia, un grupo de personas ataviadas con algún tipo de hábito oscuro, alzaba su voz sin que se pudiera distinguir lo que decían. Estaban de pie levantando los brazos en círculo.
—¡Tú sí podías ver todo con claridad! —reclamó el reportero todavía con ese extraño ímpetu que le dio su… desayuno.
—Es la ventaja de ser el camarógrafo… —presumió.
32
—Yo no podía observarlos tan bien como lo hacemos ahora… ¿dónde dices que aparece el Comandante?
—Un poco más adelante…
—¿Y estás seguro de que era él? —inquirió para confirmar.
—Cien por ciento.
—De lo que no me di cuenta fue de quién nos disparó, de hecho, no veo a nadie armado en la toma… sólo que trajeran las armas bajo la sotana —bromeó.
Las voces y los sonidos que entonaban, como lo habían comentado la primera vez, no eran perceptibles.
—¿Entiendes qué dicen? —preguntó el Gordo, aunque ya sabía la respuesta.
—No, pero, ¿puedes limpiar el audio…? ¿Cierto?
—Claro…
—¡A la brevedad Gordo!, a la brevedad —se entusiasmó.

La toma se había enfocado en donde la reunión era más robusta, y fue hasta que el camarógrafo empezó a panear que detectó la llegada de otro personaje.
—Ahí aparece ese tipo raro —señaló Lázaro —, el enano…
—¿Por qué raro?
—Es el único que no estaba cantando, además de mostrar otra actitud, como si fuera un espectador… ¿o estuviera esperando a alguien?
—Al Comandante —completó el Gordo, y lo hizo notar en la pantalla—, es el que llega a platicar con él…
El sujeto de baja estatura entró en la escena. A la distancia era

semejante a un personaje de una película de ficción, vestía igual que los otros, pero era evidente que tenía un carisma especial. Cruzó muy cerca del coro terminando su recorrido enfrente de otro tipo, que igualmente, ocultaba su rostro. Algo similar a una antorcha obstruía un poco la visión.
—¡Ahí está! —señaló el camarógrafo.
—¿El tipo alto?
—Ese mismo…
La razón de toda la operación estaba frente a ellos: una capucha cayó hasta los hombros proporcionando la identificación positiva y sin lugar a duda del Comandante.
—¡Es él! —exclamó Lázaro victorioso.
—¡Claro que es él!
—¡Bien Gordo! —Sobó su cabeza circularmente presionándola hacia abajo—… ¿Y quiénes son los otros, entonces? —se cuestionó extrañado.
El narcotraficante y aquel sujeto pequeño estaban frente a frente en una aparente charla familiar; parecía más, un encuentro entre amigos que una reunión de la mafia. Ambos hablaban con la cabeza descubierta, pero el hombre menudo les daba la espalda. La conversación se perdía un poco entre el viento y los cánticos de los asistentes.
—¿Estás seguro de que esa cosa que tenías para el sonido funciona? —interrogó Lázaro.
—Sí —respondió titubeante.
—Por cierto… ahora que recuerdo, no te vi subir con ella a la camioneta.

—La perdí —confesó.
—¿La perdiste?
—Tuve que tirarla en el camino, me estorbaba para correr; pero el sonido quedó intacto…, era sólo la antena.
El aparato le pertenecía al Gordo, así que el hecho hizo sentir un poco culpable al reportero, quien lejos de reconvenirlo, lo animó:
—No te preocupes mi amigo… yo mismo te compraré otra. —Lo palmeó en la espalda—… Y volviendo a lo nuestro, ¿crees que puedas mejorarlo? —se refería al material.
—Claro, me tomará algo de tiempo, pero puedo hacerlo.
—Necesitamos clarificar la plática de esos dos, es nuestra mejor pista.
—Se distrajo.
—¡Mira! —exclamó el Gordo mientras congelaba la imagen.

El desconocido había girado sobre su eje quedando de frente a la lente; sin embargo, su rostro se perdía un poco en medio de la luminosidad de aquella candela. La cinta fue manipulada cuadro por cuadro hasta que aquel semblante pudo divisarse medianamente bien.
—¿Lo reconoces? —preguntó Lázaro.
Francisco se tomó la barbilla intentando hacer memoria, no le encontró parecido con nadie. Negó con la cabeza.
—¿Quién puede ser? —se preguntó a sí mismo el investigador.
El Comandante tenía más enemigos que amigos, eso era innegable; para alguien con actividades de su naturaleza, era lo más normal; pero este que observaban, ¿quién era y qué relación guardaba con uno de los líderes más importantes del narcotráfico en México?
—… Y hay algo más —percibió Lázaro con seguridad—. El

Comandante parece tenerle cierto respeto a este hombre… ¿o será miedo? —concluyó.
El reportero tenía ese don especial para discernir esas cosas, llámenle instinto o intuición; y era muy difícil que se equivocara. Hasta el mismo Francisco se convenció con rapidez de su teoría y repreguntó al aire:
—¿Quién podrá ser?
—Sin duda alguien importante —sentenció con tan poca evidencia—… Habrá que revisar los archivos y mejorar la toma.
—Buscaré cómo hacerla más clara, y si la necesitas, te la envío.
—Bien, yo veré qué más puedo averiguar con mis contactos…
Después de ponerse de acuerdo todavía había algo más que revisar, una última y escalofriante escena: una mujer, muy joven, algo maltrecha, y vistiendo un vestido blanco, apareció llevada por dos hombres que prácticamente evitaban que se cayera. Su indumentaria no concordaba con la del resto de los asistentes. El Comandante se acercó a ella y la sostuvo por el brazo acercándola al hombre menudo.
—¿Estará drogada? —el reportero trató de adivinar.
—Tal vez todos lo estaban —comentó Francisco.
—Tal vez… sólo espero que también estuviera ahí por su propia voluntad.
—Es lo más seguro —desestimó la imposibilidad.
Pocos segundos después, en un acto de gran fortaleza, los tipos que la habían traído la levantaron en vilo. Uno la sostuvo de la espalda y otro de las piernas. Ella empezó a temblar, fue algo parecido a una convulsión, situación que no hubiera sido extraña si había

ingerido algún tipo de tóxico. La acercaron hasta donde estaba el coro, y antes de que atravesaran aquel círculo humano, un resplandor repentino alumbró la noche; fue provocado por una gran fogata que se desprendió de la tierra. Se escuchó un gran alarido de júbilo, y sin origen lógico, el suelo en medio de la reunión se iluminó de la nada.
—Todavía no sé cómo hicieron eso —confesó Lázaro.
—Tuvo que estar preparado.
—Nunca vi que arrojaran un fósforo, encendedor o cualquier cosa que lo provocara.

—Tal vez debemos revisar el video con más calma…
El resplandor ocasionó que la visión nocturna se desactivara.
—¿Quizás fue gasolina? —supuso el Gordo.
—Tenemos que regresar a investigar —El reportero no quería quedarse con la duda.
—¿Quieres regresar? —cuestionó sorprendido y sin negar que podía ser peligroso.
—No ahora, claro está; pero hay que hacerlo…
El camarógrafo sólo guardó silencio, no estaba muy de acuerdo con la idea.
La mujer seguía sostenida en el aire, apenas afuera de aquel borde humano, mientras los cánticos subían de tono.
—Aquí es donde nos descubren —lamentó Lázaro.
Se escuchó un grito, una amenaza, luego un disparo. La distracción rompió con el protocolo de cualquier cosa que se estuviera gestando allá abajo, luego, un par de reporteros corrieron por sus vidas.

—Nunca supe de dónde salieron los que nos persiguieron —acotó Lázaro—, ¿eran los mismos que estaban en la reunión?
—Seguramente estaban en los alrededores, pudo ser la escolta del Comandante —opinó Francisco—… y hay que agradecer su mala puntería.
—Lo sé…
Lo que pudo suceder después en aquella reunión, fue algo que no pudieron averiguar. La cámara continuó grabando sin poder mantener una toma firme, sólo dos pares de pies huyendo a toda prisa.
—¡¿Qué hacen ahí adentro?! —tocaron a la puerta justo en el momento de mayor concentración.
La interrupción les provocó un pequeño sobresalto, estaban tan ensimismados que habían olvidado que seguían en la oficina. Los investigadores se miraron entre sí, Lázaro apagó el monitor al tiempo que su compañero quitaba el cerrojo.
—¡Flores! —exclamó molesto el reportero al verlo entrar—. ¿Qué es lo que quieres? —dijo con toda la mala sangre que era posible expresar.
—Escuché ruido. —El intruso era hijo de uno de los dueños, pasó sin pedir permiso —… ¿Qué están haciendo? ¿Están viendo pornografía? —Volteó hacia el reportero y le preguntó—: ¿Lázaro? —Esperaba una respuesta, era uno de esos que creía que todo el mundo tenía que rendirle cuentas.
—¡No me llames así! —lo amenazó por enésima ocasión—, ¿acaso yo te llamo por tu apodo?
—¿Tengo apodo? —exclamó el joven enfurecido.
El verdadero comunicador no tenía ganas de discutir, dejó al

mocoso con la duda ofreciéndole la espalda, era uno de los pocos que podía hacer eso en la empresa sin temor a una reprimenda.
—¿Prefieres que te llame Encarnación? —fastidió el junior—, ¿ese es tu nombre de pila?, ¿no? —sabía que así era, pero lo hacía para hartarlo.
—¡García!, ¡García para ti! —Giró rápidamente y le respondió casi gritando—: Igual que lo hacen todos los que no son mis amigos —aclaró el

punto.
—Más vale que cuides tus palabras, uno nunca sabe cuándo puede ocupar a un… amigo.
—Pues por lo pronto no ocupo nada de ti. —Lo miró a los ojos como si quisiera acuchillarlo.
El muchacho no era muy alto, así que Lázaro lo veía desde un ángulo superior. El silencio entenebreció los segundos siguientes. Francisco, como mudo espectador, tenía miedo de que aquello traspasara los límites de una fuerte discusión. Sabía que su compañero estaba realmente exaltado.

—¿Tienes otra cosa qué hacer por aquí… Flores? —era obvio que quería que se largara—, porque nosotros sí estamos ocupados… —concluyó encolerizado.
El intruso era retador y no se amedrentaba ante nada ni ante nadie. Se quedó ahí, estoico, observando al experimentado hombre mientras masticaba un chicle; luego vio la pantalla y el equipo a su lado izquierdo. En su mente pudo suponer muchas cosas; aunque ninguna de ellas era correcta ni edificante; pero si estaba o no en lo cierto no era lo importante. Alzó su dedo índice como amenazándolos y se fue caminando hacia atrás hasta salir al pasillo.
—Los estaré vigilando —se despidió azotando la puerta.

Lázaro exhaló profundamente siguiendo con la vista su ruta de escape, como si temiera que el sujeto regresara, luego hizo a un lado la eventualidad y preguntó:
—¿Crees que puedas avanzar mejor solo?
—Sí, me pongo a trabajar de inmediato —prometió.
—… Como siempre. —Trató de concentrarse de nuevo—… Trabajemos sobre una copia, te quedas con una y yo me llevo otra… voy a ver qué puedo averiguar por mi cuenta… si tienes algo interesante, me avisas.
—De acuerdo.
—Hay que hablar con el Tío Richard —así llamaban a su jefe—, debe saber que no estamos de ociosos y que necesitamos ayuda…
Lázaro pensó en que era oportuno compartir el asunto, tenía dos buenas razones: enterar a sus superiores y conseguir recursos. El proyecto había surgido de improviso y todos los gastos habían corrido por su cuenta; y aunque luego se los facturaría, prefería que los fondos salieran de otro bolsillo.
Francisco se puso a trabajar en lo suyo mientras el investigador se ocupaba de su parte, había decidido hacerlo desde casa, sobre todo para evitar el riesgo de personas como Flores, sujetos así podían sacarlo de quicio.
Las secuelas del insomnio tuvieron a Lázaro bostezando el resto del día; mas, cuando tuvo oportunidad, repitió la dosis de energéticos para mantenerse alerta.
El único dato duro con el que contaba era una matrícula, aunque lo más probable es que no fuera de gran valor. Seguramente, se trataba de un vehículo o una lámina robada, lo que lo conduciría a: ningún lado.

40
—… Sé quién me puede ayudar con esto —se dijo a sí mismo mientras tecleaba un número telefónico.
—¿Bueno? —era la voz de un viejo amigo.
—¿Qué onda 'Oreja'? —lo nombró por su apodo y con gran familiaridad—, ¿qué dice el hombre?
—Lázaro —lo reconoció, aunque lo hizo más bien a manera de lamento—… ¿qué necesitas? —preguntó fríamente discerniendo la razón de su llamada.
—¿Por qué ese tono mi amigo? —alegó con desvergüenza—, ¿cómo sabes que necesito algo?
—Porque sólo hablas cuando necesitas algo. —Definitivamente estaba de mal humor, y además tenía razón—… Dímelo rápido, porque voy de salida.

—¿De salida? —se extrañó el reportero—… ¿tan temprano?, en fin —se enfocó—, quisiera que me investigaras una matrícula…
—¿Cuál es? —Se escuchó cómo arrastraba algo para escribir.
—Te la dicto…
—Con la descripción del vehículo también, por favor —era obvio que tenía prisa.
—Está bien, hoy nos levantamos de malas, ¿no?
—… Sabes qué —lo interrumpió. El rechinido de su asiento alertó su partida—… mándamelo mejor por email, lo reviso mañana.
—Me urge un poco —presionó Lázaro—, es muy importante…
—¡Mañana! —concluyó colgando.
Había cosas que el reportero no podía controlar, aunque quisiera,
41
así que no tuvo más remedio que aceptar los desventajosos términos de su ayudador. Le envió ese pequeño dato, así como se lo pidió, y dejó la pelotita en su campo.
Para continuar con la indagación, Lázaro analizó la crónica del desastroso escape; que, en medio de trompicones, se interrumpió cuando la memoria del aparato se agotó. No había mucho después de esto, sólo el plan para separarse, el resto era historia ya conocida.
Dejó a un lado su equipo y repasó en la mente los pocos datos que tenía. Se había enfocado en tratar de identificar a los asistentes, y sólo tenía tres rostros: el del Comandante, el del hombre pequeño y el de la mujer que terminó convulsionando. No sólo era importante saber quiénes eran, también era primordial saber qué estaban haciendo ahí. ¡Por Dios!, estaban a mediados de octubre, y una fiesta de Halloween en medio de la nada no era algo usual.
El reportero no se tragaba el cuento de que un mafioso de ese calibre disfrutara de esas excentricidades. ¿Acaso había comprado algo así con su dinero?, ¿para qué? En los años que tenía de perseguirlo, su perfil psicológico no encajaba con algo semejante. ¿Qué implicaba aquella reunión?, ¿cuál era su objetivo? Este narcotraficante no era de los que se ponía en riesgo tan fácilmente. La idea le daba vueltas en la cabeza sin encontrar una explicación lógica.

Partieron esa noche con una idea específica: establecer el paradero del Comandante y sus actividades; sin embargo, al analizar el material, una intriga mucho más seductora se gestó en el alma del reportero: el otro sujeto, el hombre menudo, el que parecía tener el control de la situación: ¿qué influencia ejercía sobre su objetivo?, ¿tenía antecedentes?, ¿sería fácil de identificar? En realidad, todo era muy subjetivo, basado solo en una percepción; pero cuando algo así se le metía en la cabeza, buscaba resolverlo a como diera lugar.

Lázaro concluyó, que, para alcanzar su punto de observación, habían recorrido un gran trecho, internándose primero en auto y luego a pie. El área seguramente abarcaba varios kilómetros, y no había poblaciones lo suficientemente cercanas para considerar posibles testigos. Alguien tenía que hacer la investigación de campo y el único candidato viable era él.

La mañana siguiente fueron recibidos por el Tío Richard en su oficina:

—¡Adelante muchachos! —exclamó con su acostumbrado paternalismo, tenía un gran aprecio por ambos.

Le agradecieron la bienvenida y se sentaron frente a él. Hubo unos segundos en que sólo atinaron a observarse. Las sonrisas a medias caracterizaron la escena hasta que Ricardo les hizo un gesto invitándolos a dar el primer paso:

—Bueno, estoy esperando…

Lázaro y Francisco se miraron, regularmente llevaban algo más concreto a estas reuniones; pero esta vez no era así.

—¿Qué me tienen? —insistió—. ¿Acaso Lázaro regresa al equipo? —preguntó con ironía.

—… Richard —el reportero tenía la confianza de llamarlo así—, tenemos un caso muy interesante y poco ortodoxo entre manos, y queremos compartírtelo.

—¿Es algo de lo que esté enterado?

—No, fue muy repentino.

—Recuerdo que. —Empezó a buscar en algunos papeles de su escritorio—… Ya tenían un informe pendiente de entregar. —Levantó con su mano derecha un documento.

—Sí —aceptó—, saliendo de aquí te lo envío, ya lo tenía listo; pero esto es, creo, mucho más importante…

—¿Y de qué se trata?

—Hace dos noches recibimos un pitazo: El Comandante andaba por esta zona. —Se recargó en el asiento.

—¿El narco?, ¿y lo encontraron? —esos asuntos eran una bomba.

—Podría decirse que sí.

—¿Y dónde está?

—… Sabemos dónde estuvo —aclaró.

—¿Dónde? —Se inclinó sobre el escritorio mientras empalmaba sus manos.

—Lo tenemos en video —continuó—, se reunió con unos tipos en plena sierra.

—¿Y saben para qué?
—No exactamente; aún nosotros, después de ver las pruebas, seguimos con dudas… la verdad es que, vinimos aquí a pedir tu apoyo…
—¿Y qué es lo que sí pueden decirme? —el jefe quería una respuesta concreta.
—¿Le explicas? —Se dirigió a Francisco, quería hacerlo participar, quizás con su conocimiento técnico quedaría clara esa parte.
—… Jefe —él prefería tratarlo con más respeto—, tenemos problemas técnicos con el video, pero lo estoy trabajando. En resumidas cuentas, el Comandante se reunió con un grupo poco… común, y necesitamos mejorar las imágenes y el sonido, esto para lograr reconocer los rostros y lo que se dijo. —Hizo una larga pausa, como para

hacer que su explicación sonara coherente.
Ricardo entendió lo que esto implicaba, pero tenía otras dudas:
—¿A qué se refieren con poco común? —inquirió frunciendo el ceño.
—No quisiéramos adelantar conclusiones —intervino el reportero—, lo importante es que tenemos imágenes, además del Comandante, de uno que parece ser un colaborador importante, y no tenemos indicios de que sea alguien fichado o sospechoso.
El jefe de información se recargó en su asiento un poco decepcionado.
—Veo que esto está en pañales… No obstante, siempre he confiado en ustedes y sé que conseguirán aterrizarlo… ¿qué necesitan?
—Lo de siempre Richard —señaló Lázaro.
—Esto sigue en exclusiva, ¿verdad? —advirtió al reportero.
—Por supuesto.
—Quiero esa nota y la necesito pronto.
—La tendrás. —Se levantaron, y después de un fuerte apretón de manos, el reportero preguntó—: ¿Mismo protocolo?
—Mismo protocolo…
La pareja ya tenía lo que habían ido a buscar, aunque nunca dudaron que el gran Richard les arrimaría el hombro.
El jefe de información confiaba en sus pupilos, sabía que amaban su carrera como ninguno. Ser periodista en México se había convertido en la profesión más peligrosa de todas, y para realizarla se tenía que estar loco; pero él adoraba apoyar esa locura.
Lázaro decidió que regresaría solo al sitio de la reunión, el Gordo

seguía muy ocupado y era mejor trabajando en las cuestiones técnicas que de investigación de campo; así que, consiguió un vehículo en la empresa y empezó a revisar cuál sería su ruta. Lo mejor era empezar la labor con el día, eso le daría más horas de luz natural, las cuales, definitivamente necesitaba.
Acomodaba algunos papeles en su oficina, sobre todo lo que tenía pendiente con Ricardo, cuando el timbre de su extensión lo sorprendió:
—Creo que tienes que oír esto —era el Gordo desde el laboratorio acústico.
—¡Voy para allá! —presentía una buena noticia.

Dejó todo donde estaba, cerró su oficina y se apresuró a alcanzar a su amigo. Sus pasos eran largos y rápidos, poco le faltó para correr entre los pasillos.
—¿Qué tienes? —preguntó agitado al entrar.
Con un ademán Francisco lo invitó a sentarse.
—… Empecé con lo que creí más importante —explicó el camarógrafo—, la conversación… escucha. —Manipuló el sonido.
Hubo unos segundos de estática mientras guardaban silencio, y en medio de una gran sonrisa del responsable, se escucharon las primeras palabras claras:
—¿…Estás listo para renovar tus votos…? —El Gordo detuvo la grabación.
—Esa no es la voz del Comandante —aseguró el reportero.
—No lo es —confirmó Francisco—, es la voz del otro… ¿Qué te parece? —le preguntó animado.
—No me ayuda mucho una frase aislada —dijo fríamente—,

¿tienes algo más?
—Sí…
—¡Ponlo!
Después de algunas interacciones con la herramienta, Francisco retornó el material unos momentos antes del punto que acababan de escuchar, posiblemente la primera oración concreta de esa noche:
—¡Fidel! —era la voz del hombre de baja estatura llamando al Comandante por su nombre de pila.
—¡Hades, hermano! —respondió el delincuente.
Lázaro llevó sus manos a la cabeza tratando de entender. La familiaridad con que se hablaban aquel par era notoria; y no es que no tuviera sentido, simplemente era que ignoraban quién era el sujeto que podía hablarse de esa forma con el mafioso.
—¿Quién crees que sea? —interrogó el investigador.
—Ni idea.
Después de contemplar un segundo el horizonte y resoplar un poco, Lázaro pronunció:
—… Necesito la mejor resolución que me puedas conseguir de sus rostros, así podré lograr un reconocimiento facial… y ya sé quién me puede ayudar con eso.
—De acuerdo —aceptó como buen soldado—… ¿Y qué opinas de lo que acabamos de escuchar?
—Me gustaría analizar la conversación completa. —Se abalanzó un poco hacia adelante para luego preguntar—: ¿Hades?, ¿qué clase de nombre es ese?
—Seguramente uno en clave.

—Tiene que ser Gordo, tiene que ser, la pregunta es: ¿Quién acostumbra a usar… claves? —un apodo seguía siendo un enigma—… ¿Cuándo tendrás el resto? —inquirió con un poco de impaciencia.
—No creo que sea ahora. —Empezó a recoger sus cosas, ya estaba muy cansado.

—¿Ya te vas?
—Tengo un compromiso en casa y la desvelada de la otra noche me está pegando…
Lázaro lo observó sin pronunciar palabra, él no era su jefe en forma, ni quería pedirle que se quedara. La mancuerna que mantenían iba más allá de una obligación contractual, claro que el Gordo recibía su remuneración una vez concluido el trabajo; pero lo hacía más por el aprecio que sentía hacia el reportero que por el dinero en sí. Hubiera sido genial que concluyera con la actividad, pero tampoco lo condenó por querer retirarse.

—Bien, Gordo —dijo con tranquilidad—… te aviso que mañana no creo que ande por aquí, voy a regresar al lugar a echar un ojo.
—¿Vas a volver? —demostró su preocupación con una mueca—, ¿no te parece peligroso?
El reportero perdió su mirada en el fondo de la habitación y después de una larga pausa concretó:
—Sí, pero tengo que hacerlo.
—¿Qué tal si regresan?
—No lo creo… además, no podemos conformarnos sólo con un video…; pero si no vuelvo, ya sabes dónde estuve —concluyó con su acostumbrado humor negro.

—Mantente en contacto por cualquier cosa —pidió.
—Ya sabes que sí Gordo…
—Yo terminaré con esto, espero tenerte algo concreto para mañana… no muy temprano —señaló.
—Y no te preocupes, nada va a pasarme.
—¡Suerte! —Se despidieron con un fuerte apretón de manos.
El gran dorso de su amigo salió por la puerta dejándolo solo en el estudio. Lázaro se sentó a medias en una de las mesas mientras se cruzaba de brazos, pensativo. Aún era temprano para irse y muy tarde para ir a su excursión. El Gordo se había llevado toda la evidencia, así como habían acordado hacer. Aunque guardaba una copia en su oficina. «¿Y por qué no?», pensó. Echaría un vistazo nuevamente.
La cara borrosa de aquel extraño personaje acompañó su soledad esa tarde junto con un café negro no tan caliente. Tenía por costumbre no quemarse con su bebida.
—¿Quién eres Hades? —se preguntó frente al monitor.
El reportero sabía que los alias en el bajo mundo eran muy comunes; pero este parecía muy rebuscado, como si obedeciera a un propósito especial. Hades, según recordaba, era el guardián del inframundo o la morada de los muertos.
«¡Vaya gran nombre para alguien así!», pensó.
Se inclinó colocando sus codos sobre la mesa tratando de encontrarle algo familiar, un indicio, una pista; pero no lograba conectarlo con nada. Había algo en él que no dejaba de inquietarlo. De hecho, empezaba a interesarle más que el propio Comandante.
Fuera de darle vueltas a los mismos pensamientos, el reportero

no podía hacer mucho. Se pasó un tiempo en la oficina, no se percató de cuánto. Afuera, los pasillos no producían ningún sonido, era como si el personal se hubiera puesto de acuerdo para dejarlo solo.
Cuando por fin decidió retirarse, escuchó unos extraños pasos en el corredor; no eran semejantes a la marcha usual de una persona, eran diferentes, como rítmicos y pesados. Sus ojos se dirigieron a la puerta, como esperando que alguien tocara. Escuchó cómo, un alma se detenía justo afuera de la habitación, pero parecía haberse quedado ahí, esperando.
—¿Quién anda ahí? —preguntó cansado de lo que suponía era una broma. Al no recibir una respuesta se levantó de su asiento procurando no hacer ruido y esperando sorprender al intruso. Corrió y jaló la perilla con violencia… el pasillo se encontraba vacío y no conocía a nadie que corriera tan rápido como para ocultarse así.
—Eres tú, Flores, ¿verdad? —intuyó.
El silencio le contestó, miró hacia un lado y luego al otro. Repentinamente, y apenas con el rabillo del ojo, observó una sombra deslizándose a sus espaldas. Un extraño escalofrío recorrió su cuerpo sintiendo también que la piel se le erizaba. Como acto reflejo, dirigió rápidamente su atención hacia el punto donde creyó haberla visto. Lo único que pudo constatar fue, que sus únicos acompañantes eran el acero y el concreto.
—¡No puede ser! —exclamó incrédulo—, ¿qué pasa aquí? —Regresó al interior—. ¿Qué te pasa Encarnación?, ¿ahora ves fantasmas?
Por un momento se creyó víctima de su propia presión por lograr la historia, ¿o tal vez la crisis de los cuarenta era una realidad? ¡De

ningún modo!, ¡había Lázaro para rato! Lo que sí era un hecho, era que su amigo había tomado la decisión más sabia, así que lo emularía pensando en aprovechar las primeras horas del siguiente día.
—Vete a descansar, Encarnación —dijo para sí. Recogió lo indispensable y se retiró.
Tal y como lo había planeado, esa mañana recorrió una ruta familiar. No tenía muy claro qué era lo que iba a buscar, ni siquiera estaba seguro de si podría o no localizar el sitio exacto de aquella noche.
Siendo reportero, también sabía algo de criminalística, medicina forense e incluso de armas, entre otras muchas cosas. Eso le ayudaba a realizar un mejor trabajo; pero ahora le hubiera gustado tener las habilidades de un guía o cartógrafo.
Agradecía en su mente que Ricardo le hubiera prestado aquella camioneta; aunque, siendo un vehículo oficial, también llamaba la atención; no era la mejor opción, era cierto; pero aquellas llantas zanconas, lo podían llevar a cualquier parte en el monte.
El sol apenas calentaba, era un día medio nublado y el viento del otoño refrescaba bastante, sobre todo cerca de la sierra. El traslado fue agradable y tranquilo, sus manos apenas sostenían el volante por abajo. No era la mejor práctica; pero le daba una sensación de poder y libertad.

Fue examinando la colindancia de la carretera hasta dar con el lugar preciso, aquella vereda de dos sentidos que los había salvado; cuando creyó reconocerla, retornó lo más pronto posible. Las cosas de día no se veían igual que de noche; pero un viejo señalamiento, que había visto cuando escaparon, le dio la seguridad de que estaba en el lugar correcto.

Después de avanzar un poco distinguió una bifurcación donde hizo un alto. Ellos habían tomado por la izquierda esa noche y seguramente el Comandante, la derecha, por eso tardaron en encontrarlo. Tenía que decidir si continuaba por la misma ruta o decidía experimentar. Era aún temprano, lo más sabio era realizar el mismo recorrido, ya luego decidiría si daba un paso atrás para probar otra ruta.
Cientos de metros más adelante volvió a dar con el claro que finalmente los reunió para escapar. Aparcó ahí y se apeó, llevaba una cámara digital por cualquier cosa, aunque no era experto en su uso. Notó algo peculiar, algo diferente a la otra vez: el silencio sepulcral estaba ausente, incluso la naturaleza parecía darle la bienvenida. No caviló mucho en el hecho, quizás todo era una coincidencia.
El reportero giró sobre su propio eje asegurándose de que sólo hubiera una posible entrada y salida, no quería ser sorprendido. Había considerado que era poco probable que los tipos regresaran, pero siempre debía estar preparado para el peor escenario.
Después de auto convencerse de que estaría seguro, sacó un gran mapa de la cabina y lo colocó sobre el cofre. Fuera de los detalles topográficos no pudo obtener mucha información, los poblados más cercanos estaban a unos 30 minutos, así que encontrar a alguien que le pudiera ayudar era prácticamente imposible.
Comenzó a examinar el entorno, eso era mejor que seguir parado viendo el plano. Algo inteligente se le tenía que ocurrir, siempre era así. Trató de recordar lo sucedido, de dónde había venido y dónde suponía que estuvieron sus agresores en el último momento. No era lo mismo pensar con tranquilidad que con la adrenalina a tope.
La vegetación era muy alta en esa zona, eso había actuado a su favor. Caminó varios metros alejándose del vehículo sin estar seguro si iba por la vía correcta. Se detuvo nuevamente, volvió a levantar

la mirada y observó su transporte. Seguramente los tiradores anduvieron por ahí, o tal vez más lejos, pero en esa misma línea de tiro. La parte trasera de la camioneta del Gordo debía estar frente a ellos desde ese punto. Continuó en la misma dirección mientras usaba su lente para captar algo más allá de su visión natural.
—¿Qué es eso? —se preguntó al colisionar su vista contra la blancura de los cielos—, ¿una casa? —la relacionó de inmediato.
En la ladera que se alzaba no lejos de él había una edificación, la observó más de cerca con el zoom de la cámara. Efectivamente, constató que se trataba de una vivienda. Posiblemente era el origen de la luz que lo había guiado durante su fuga. Fue entonces que ubicó con certeza la ruta exacta de su escape. Miró más allá del claro y sonrió con un poco de soberbia al

recordar, luego volvió su atención a su reciente descubrimiento.
—¿Estará habitada? —se preguntó proponiéndose alcanzarla.
Para llegar tendría que trepar por la falda de la montaña, misma que limitaba aquel pequeño valle. Esperaba que la lejanía de su meta fuera sólo cuestión de óptica. Si alguien habitaba aquel lugar era probable que tuviera un testigo, y entonces podría averiguar algo.
«Más vale que haya alguien, si no voy a lamentar haber subido», pensó.
Conforme se fue aproximando advirtió que aquella solitaria morada era la única de los alrededores, al menos la única en pie. Por su aspecto era lógico juzgar que estaba desierta, o al menos, muy descuidada.
Faltando sólo unos metros escuchó el balar de un animal, luego pudo verlo. Se veía bien alimentado, así que eso le hizo suponer que tenía un dueño. Continuó el camino hasta que estuvo a sólo un par

de pasos.
—¡Hola! —gritó en señal de saludo. No obtuvo respuesta—. ¡Hola! —insistió nuevamente.
También consideró la posibilidad de correr si no era bienvenido. Muchas veces los lugareños no veían con buenos ojos a los extraños. Caminó con cautela hasta la puerta de mosquitero tocando varias veces.
—¿Hola? —repitió por tercera vez.
En esta ocasión, el crujir de la madera en el suelo fue su bienvenida, luego unos pasos muy claros. Frente a él, un hombre desgarbado y avanzado en años lo miró fijamente. Su paso era lento; más por la tranquilidad de su espíritu que por la carga de tantos inviernos.
—¡Buenas tardes! —dijo el hombre con cierta pasividad. Cargaba una gallina en su mano derecha.
—¡Buenas tardes! —correspondió el reportero contento por haber encontrado a alguien.
Al parecer había interrumpido su almuerzo, ya que la gallina estaba a medio desplumar.
—¿Qué se le ofrece amigo? —Aquel semblante seco dibujó una sonrisa, al parecer la visita le había agradado.
—¿Puedo pasar? —preguntó sintiendo confianza.
El inesperado anfitrión abrió la puerta, la atmósfera en el interior era apenas menos fría que afuera; a pesar de esto, el hombre vestía apenas una camisa ligera, era evidente que ya estaba muy acostumbrado al clima de la región.
—Mi nombre es… Lázaro, señor…
—Yo soy José. —Extendió su arrugada y callosa mano para

saludar.
Se sentaron luego en un par de sillas viejas que hacían la función de sala.
—¿Quiere un café? —Le convidó el viejo.
—Se lo acepto con mucho gusto —respondió convencido de que el sociable propietario sería una persona fácil de entrevistar.
El lugar apenas calificaba como una casucha, la madera crujía a cada paso del viejo mientras se alejaba. Ni siquiera contaba con luz eléctrica. ¿Qué

era lo que lo había guiado la otra noche entonces?, tal vez las velas que descansaban sobre la mesa cerca de la ventana, quizás un quinqué que colgaba afuera, no lo sabía. Cuando intentaba explicarse eso, se dio cuenta de que era probable que ni siquiera contara con agua potable, ¡y ya le había aceptado la taza de café!

El hombre regresó con una gran sonrisa en su rostro, la que apenas se notaba en medio de tantas arrugas. La presencia de otro ser humano lo entusiasmaba.

—Sabe mi amigo —dijo después de entregarle el pedido al reportero y acomodarse en la silla de enfrente—, hace unos años murió mi esposa, desde entonces he estado solo…

Lázaro no quería ser grosero; pero después de escuchar esas primeras palabras, sintió que debía encaminar la plática hacia donde él quería, de lo contrario, terminaría escuchando toda la vida de aquel anciano antes de avanzar; además, ni siquiera sabía si el hombre tenía información que le fuera de utilidad.

—… Entonces —lo interrumpió tomando la taza, pero no la bebió—, Don José…, ¿vive solo?

—Sí. —Dio un buen sorbo—. Pero no siempre fue así —recordó inclinándose un poco hacia atrás y perdiendo la mirada en el techo—

, hace algunos años la gente empezó a irse… —desvarió.

El comportamiento campechano del hospedador no era poco usual, al contrario, era el propio de las comunidades limítrofes a la ciudad; más sí su falta de atención a un solo tema, así que intentó encaminarlo hacia donde él deseaba:

—Aquí ya no había nada, ¿eh? —agregó al comentario creyendo haber entendido el porqué.

—Se fueron. —Clavó sus ojos en los de él como si se hubiera molestado.

—¿Se fueron? —preguntó de vuelta percibiendo su reacción.

—Huyeron por el miedo —el anciano no daba una respuesta completa, era como si quisiera que le adivinara el pensamiento.

—No le entiendo Don José —tuvo que admitirlo.

El hombre se calló por unos segundos perdiendo su atención en una esquina, era como si su mente vagabundeara en algún lugar del pasado.

—… Mis hijos se fueron un día. —Sus ojos se enrojecieron.

El hombre parecía haber perdido el orden cronológico de los hechos, su memoria saltaba sin control; además, decía las cosas con mucha familiaridad, como si su huésped ya estuviera enterado de todo.

—… Luego muchos más —continuó.

—¿Qué fue lo que sucedió Don José? —Necesitaba que el viejo fuera más explícito.

—… Las cosas raras. —Terminó su bebida—… Algunos desaparecieron, luego otros, los que quedaban decidieron irse. Sólo mi esposa y yo nos quedamos en este lado de la sierra.

—¿Qué quiere decir con las cosas raras?

El viejo lo miró nuevamente, ¿qué acaso aquel forastero había vivido en la

Luna?, apoyó su recipiente vacío sobre lo que una vez fue su estómago y respondió:
—… Había sombras, fantasmas, a veces los animales también desaparecían, los niños veían volar brujas…
Lázaro se llevó ambas manos a la boca arrastrándolas primero por su rostro, trató de contener una contestación grosera. La historia era absurda, y más absurdo era que hubiera estado sentado con aquel hombre durante aquellos minutos, escuchándolo. Empezó a dudar de su cordura, tal vez no había sido buena idea ir a visitarlo.
—Y dígame, Don José —este hombre no le iba a proporcionar información fidedigna, tal vez alguien más lo haría—, ¿aquí cerca hay un pueblo?
—¡Sí! —aseguró cambiando nuevamente su ánimo—, el pueblo de Redención.
—¿Puede indicarme cómo llegar?
El viejo lo miró después de la pregunta directa, como si el visitante hubiera tocado alguna fibra especial. La taza vacía del anfitrión fue colocada en la mesa con fuerza, luego el hombre se recargó en su silla y le respondió con otra pregunta:
—¿No va a tomarse el café? —preguntó como el que exige respeto.
El estado cambiante del viejo lo desconcertaba; pero Lázaro había ignorado su amabilidad, así que, en cierta forma, él tenía razón. Determinó que debía hacer ese pequeño sacrificio para finalizar la plática sin mayores contratiempos, así que lo complació.

—Es agua de pozo —presumió el hombre—, la más limpia que podrá encontrar en la región.
Muy a su pesar, el investigador aceptó el reto, y ante la mirada fija de su interlocutor le dio un gran trago hasta casi terminarla, tenía que aceptar que contaba con un gran sabor, posiblemente el mejor que hubiera probado. Esto trajo de vuelta al anciano feliz, que en respuesta propuso:
—El camino que lleva a Redención está cerca de donde pasan todas estas cosas. —Se levantó de su asiento con gran energía—… ¡vamos, yo lo llevo!
¿Sería posible que todo lo que le platicó aquel hombre tuviera relación con su historia?, quizás después de todo, sí le podía echar una mano, al menos para llegar a donde quería. Se animó de nueva cuenta.
Don José tomó un gran machete y salieron de su casa. Aquella gran hoja de metal lo hacía verse peligroso, pero Lázaro entendía que su nuevo… amigo le ahorraría mucho tiempo al servirle de guía.
—No entiendo para qué quiere ir para allá —siguió el viejo con la charla mientras caminaban—, en Redención ya no hay nada, es casi un pueblo desierto.
—Soy reportero, Don José y estoy escribiendo una historia. De hecho, preferiría llegar primero al lugar que menciona…
—¿Dónde todo pasa? —preguntó sorprendido.
—Sí.
—Yo no entiendo esas cosas —admitió el lugareño—, pero puedo llevarlo también, aunque no sé para qué quiere verlo… Eso sí, hay que regresar

cuando todavía haya luz…
58
—¿Por qué lo dice?, ¿hay animales peligrosos en la noche?
—Sí; pero son animales de dos patas —si quería ser sarcástico, lo había conseguido con creces.
Avanzaron un poco más entre los matorrales, el anciano sabía utilizar muy bien su arma abriendo el camino para poder transitar. Era indudable que hacía mucho tiempo que la vereda no se usaba.
Lázaro no estaba seguro aún si lo que hablaba con Don José tenía relación con su caso o eran sólo historias seniles. Procuró reconocer el terreno donde andaban, quizás habría una gran sorpresa al final.
—¿Está lejos? —preguntó el visitante.
—No, mi amigo, sígame el paso y pronto llegaremos…
No era la mejor idea que un hombre entrado en años lo capitaneara, llegó a pensar que lo iba a retrasar; pero después de sólo unos minutos, el desgarbado sujeto le llevaba varios metros de ventaja, y todavía no terminaban de bajar la ladera; no sólo era hábil, sino que también caminaba muy rápido; la realidad era, que él estaba retrasando al viejo.
—¡No se me quede atrás! —le gritaba con ironía.
—¡Voy justo detrás! —advirtió sintiéndose como un novato.
La camioneta ya no estaba a la vista, ni siquiera con la lente de su cámara, estaban de vuelta en el valle y habían rodeado la montaña. Hizo un alto tratando de identificar algo a su alrededor, lo que era muy complicado, ya que no tenía un punto de referencia. Para cuando quiso regresar al camino, ya había perdido de vista a su guía.
—¡Es por acá! —gritó la experiencia.
—¡Voy! —correspondió.
Lázaro lo alcanzó, estaban en terreno plano, justo a la orilla de su
59
objetivo. El viejo dejó que se acercara y le señaló algo levantando su machete:
—El pueblo queda en esa dirección —señaló una senda aparentemente bien marcada a su derecha—… y el lugar que busca está allá. —Miró justo hacia el frente.
Uno avanzó y el otro se quedó atrás, cada paso que daba lo acercaba a donde quería. Si la reunión había sucedido hacía sólo unas noches, debía encontrar algún rastro. Caminó como hipnotizado, su instinto le indicaba que estaba en el lugar correcto.
La espesura era menos densa en un amplio radio, incluso escaseaba, era un poco extraño; pero el detalle no le incomodó. Dispuso su equipo para tomar unas fotografías. No sabía si serían buenas o no; pero de todas formas lo hizo.
—Aquí es —la voz seria de Don José interrumpió su trance.
Lázaro volteó y lo miró tratando de formular una pregunta inteligente que sacara algo de información valiosa.
—¿Usted ha estado aquí cuando esas cosas pasan?
—No aquí —levantó su mirada hacia donde los árboles se levantaban de nuevo—… por allá —extendió su mano.

—¿Y qué es lo que ha visto?
—Aquí se aparece el diablo… —aseguró.
El reportero trató de aterrizar el comentario, era obvio que el anciano era supersticioso; pero si lo conducía correctamente, podría diferenciar lo que realmente vio, de lo que creía haber visto:
—¿Alguien más estaba presente, Don José?
—Eran ellos —no dio una contestación directa, su semblante dibujó temor—, ellos son los que lo llaman… desde que ellos llegaron

todo cambió.
—¿Quiénes son ellos?, ¿cómo son?
—Están… todos tapados —tartamudeó.
—¿Cómo?, ¿con batas oscuras?
—¿Batas? —Don José no entendía esa palabra.
—… Como mantas, todos cubiertos —explicó.
—… Sí.
El reportero comprendió que era muy probable que se tratara del mismo grupo.
—¿Usted los vio hace poco? —supuso que había estado presente la noche de la reunión.
—No. —Sonrió con incredulidad—… Si no soy tarugo, los vi la primera vez hace años y no volví a bajar… ellos vienen en estas noches cada año, cuando empieza a soplar el viento…
—Entonces, ¿no estuvo por aquí hace unas noches?
—¡Ya le dije que no soy tarugo! —reafirmó como tildándolo de tonto.
El reportero se alejó un poco de su testigo mientras avanzaba. Si lo que le decía era cierto, estos podían regresar a reunirse nuevamente, lo que representaría un riesgo para él.
—¿Cree que regresen hoy, Don José? —preguntó algo preocupado.
—Pue que —señaló coloquialmente—. Mi hijo era el que más los miraba, yo sólo lo hice una vez, con esa tuve.
—¿Y qué fue lo que vio?

—Hacen aparecer al Diablo —insistió en lo mismo.
—¿Quiere decir que ese ser con cuernos llega de la nada?
—Sí —el hombre no sabía cómo explicarse—… mataron animales, hicieron brujerías, cantaban de forma extraña—… ¡Ellos tienen la culpa! —fue una exclamación sonora, casi un grito—… Desde que llegaron todo murió por aquí…
—Don José. —Trató de tranquilizarlo—. Estos sujetos son delincuentes y muy peligrosos…
—¿Delincuentes? —Sonrió incrédulo—. No, los delincuentes no hacen lo que hacen estos…
Cada vez que el viejo intentaba explicarse hacía crecer más el enigma. Lázaro se quedó callado cuando escuchó estas últimas palabras, la verdad, ya temía hacer otra pregunta.
—¿Y qué es lo que hacen…?
—¡Se roban a los difuntos! —lo interrumpió abruptamente—… los sacan de

la tierra…
¡Genial!, ahora tenía también entre manos a saqueadores de tumbas. ¡Vaya suerte! El asunto se volvía más complejo. Estos tipos sí que eran…especiales.
—¿Me está diciendo que estas personas, además de hacer sus reuniones extrañas, vienen aquí a llevarse a sus muertos?
—No se los llevan…, los usan…
—¿Para qué?
—En sus cosas… mi hijo me lo dijo… no sabría decirle cómo.
El reportero abrió los ojos lo más grande que pudo en señal de sorpresa, digerir lo que estaba escuchando era muy difícil. Había ido

a seguirle la pista al Comandante y se había topado con algo que podía ser mucho más peculiar. Las características de la historia semejaban más a una película de terror que a un caso de delincuencia organizada; ¡pero estaba sucediendo ahí!, ¡en esa misma comunidad!
Algunos años antes, en el norte del país se había popularizado el tema de los denominados narcosatánicos. Nunca se dio a conocer bien a bien el detalle, era como si sólo una parte de la información se hubiera filtrado a la población. Esto era lo más parecido a su caso actual, según recordaba. Los medios descubrieron una serie de rituales que incluían la hechicería y estaban relacionados con narcotraficantes en forma. No se supo quiénes, no se supo cuántos, ni nada que cimentara una buena base para determinar correctamente, qué había ocurrido. Posiblemente, Lázaro había encontrado un indicio que tenía alguna relación; posiblemente, el Comandante era parte de ese grupo; posiblemente, estos sujetos iban más allá de una simple práctica religiosa.
—¿Puede esperarme un momento? —pidió Lázaro.
El reportero recorrió el área, estaba llena de evidencias: la vegetación quemada, las pisadas de pies descalzos, rastros de algún líquido que no pudo distinguir. Todo dejado ahí, como si hubiera sido a propósito. Estos sujetos, o eran muy ingenuos o no tenían miedo a ser descubiertos.
Un círculo se dibujaba claramente en el suelo, lo habían hecho con alguna especie de polvo. Era ahí donde aquel coro había estado invocando aquellas extrañas canciones, las que tenía grabadas.
Lázaro tomó todas las fotografías que se le ocurrieron y llevó consigo muestras de la tierra, sobre todo de la parte chamuscada y del círculo de polvo. Después de esto regresó con Don José:

—¿Puede acercarme al camino al pueblo?
—¿Todavía piensa ir para allá?
—Me gustaría, sí.
—La noche lo va a encontrar de regreso —advirtió—, yo me regreso a la casa apenas le diga cómo llegar.
—Puede que tenga razón Don José —recapacitó—; pero de cualquier forma me quiero quedar un rato por aquí, investigando, y si usted me dice por dónde, quizás otro día pueda ir yo solo.
Era la decisión más sabia, no por temerle a lo desconocido, sino porque

aquellos tipos eran peligrosos y eran de carne y hueso.
Don José lo miró unos segundos e hizo una mueca como si masticara su propia lengua, con aquel humor tan cambiante era imposible determinar si estaba molesto o no. Finalmente, terminó por asistir a su inesperado huésped.
Abandonaron el lugar y se internaron un poco en la vegetación, acercándose de nuevo a la falda del cerro. Había un paso entre dos laderas angostas muy cercanas entre sí.
—Ese es el camino —señaló el viejo alzando su machete.
—¿Y qué tan lejos está el pueblo?
—Como a una hora… aunque, así como usted camina… como a dos —fue gracioso sin intención.
El comentario arrancó una sonrisa al reportero, quien se despidió de su nuevo amigo para continuar. Sus trayectos divergieron después hasta perderse de vista uno del otro.
Lázaro continuó avanzando hasta el borde de la vegetación alta, justo donde la senda iniciaba; extrañamente, a su lado izquierdo, la brisa del otoño le indicaba que había algo más allá; por el sonido, se

trataba de una caída, quizás un valle inferior o un barranco. Llámenlo intuición o curiosidad, el caso es que el reportero se acercó y pudo observar algunas gruesas ramas rotas, nada propio o natural, determinó, quizás no significaba nada; pero, al aproximarse, percibió algo sutil y extraño en el ambiente.
—¿Qué es ese olor? —se preguntó inicialmente.
Recordó segundos después lo que significaba, ya lo había experimentado antes, aunque era apenas perceptible. Se asomó rápidamente hasta la orilla del precipicio, era como una plataforma de piedra, como si cubriera un gran hueco en la montaña. Sin embargo, alcanzó a notar algo en el suelo. El aroma ya se lo había advertido y su experiencia no se equivocó. Tomó su cámara para asegurarse, aunque sólo eran unos veinte metros, lo comprobó: era el cuerpo desnudo de alguien, muy probablemente, una mujer.